

La edad de los poetas: memoria y violencia en la poesía testimonial colombiana



Angélica
Hoyos
Guzmán¹



Comencé a estudiar las relaciones entre literatura y violencia en Colombia desde el 2014, a través de un seminario impartido por el profesor Óscar Osorio, en la Universidad del Valle en el programa de Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana. Antes de dedicarme a esto estaba interesada por los temas de la escritura femenina. Cuando llegué a este curso me di cuenta de lo poco que conocía sobre la literatura del país. El valor de las lecturas literarias y académicas iba aumentando mi interés por el tema; la lectura de la novela *Viento Seco* (Caicedo, 1954), un testimonio de la violencia bipartidista en Colombia, me hizo tener pesadillas.

En mi sueño reiterado, todas las masacres descritas en el libro se ejecutaban con lujo de detalles; yo estaba dentro de una casa viendo cómo los grupos armados hacían y deshacían, me dejaban totalmente inmóvil. El miedo paraliza, el terror como mecanismo de control ha creado ciudadanías del miedo, dice Ochoa Gautier (2004). Con la publicación de este libro se inaugura el género testimonial en el país, según dice la crítica, y el mismo Osorio ha escrito al respecto (Osorio, 2016). Lo que quiero argumentar en este breve ensayo, es la idea de que el género testimonial también se manifiesta desde la poesía y que en Colombia tiene una evolución que se da desde el siglo XX; su estética, configurada a partir de formas poéticas alternas a la canónica, unas poéticas

1. Docente Investigadora del Grupo de Investigación sobre Oralidad, Narrativa Audiovisual y Cultura Popular en el Caribe Colombiano ORALOTECA, del Programa de Antropología de la Universidad del Magdalena. Correo electrónico: ahoyos@unimagdalena.edu.co

de la sobrevivencia, una militancia política de los afectos que interpela a los lectores y critica los discursos hegemónicos sobre la memoria en el país, le hace frente a la economía de guerra y al régimen del odio que incluso estigmatiza a las víctimas.

La edad de los poetas y crítica de la memoria

Es común encontrar que, en el siglo XX, el aparato crítico literario prefirió el estudio de la narrativa en relación con la violencia. Se extendió una consideración sobre la poesía como una forma elevada por encima de la realidad social, aunque en su estudio crítico se abordaban temas como el cuerpo, el paisaje, metáforas sobre la patria; un discurso nacional que viene incluso de la época de la violencia bipartidista. Por un lado existe una tendencia crítica que niega esta relación y que se refieren a la pobreza en la poesía colombiana, desde una perspectiva de la alta cultura (Cobo Borda, 1980), (Vivas, 2001). Por otro, un grueso de investigaciones contemporáneas que encuentran en algunos movimientos como Mito, los iniciadores de una tendencia comprometida, alejadas de los círculos canónicos más conservadores.

Adicionalmente, existe una tendencia de la crítica literaria extranjera, muy tímida y con poca resonancia, que habla de Poesía Testimonial y que incluye voces como las de: Ramiro Lagos, Carlos Castro Saavedra, Jaime Ibáñez, Emilia Ayarza, Hugo Salazar Valdés, Mario Rivero y Fernando Mejía Mejía, para mencionar sólo a algunos (Urbanski, 1965); bajo el rótulo de poesía testimonial, definen un estilo poético que emerge a la par que el compromiso político, fundamentado el socialismo cristiano y en respuesta a la época de la violencia bipartidista.

Encuentro que esta tradición ha sido muy poco explorada por la crítica. Casi se ha instituido el género narrativo como testimonial. Esto es visible por ejemplo con la emergencia de una tradición de literatura de la violencia, con las vertientes que

tiene como la llamada Sicaresca. Sobre la poesía testimonial aún quedó mucho por decir desde la crítica y desde la investigación en poesía.

Adicionalmente encuentro que, en esa doble dimensión de lo literario y lo social, la poesía testimonial ha creado sus propios registros, lenguajes y formas, y puede hablar de una estética de la sobrevivencia. Considero también que esta textualidad viene registrando, desde el siglo XX la memoria de la violencia y no sólo desde la acumulación de los recuerdos sobre este flagelo en el país, a manera de un archivo o de una política de la memoria que hace que suframos de un *Mal de archivo* (Derrida, 1997), donde las memorias se acumulan sistemáticamente para banalizar e imponer un discurso hegemónico de olvido por acumulación.

La poesía testimonial ha tenido variaciones y representantes al margen, desde la condición de lo que yo considero como el *Poeta testigo*; desde la posibilidad filosófica de la que considero como sobrevivencia en común. Indistintamente de cualquier ideología, la poesía testimonial registra intensidades y afectos que buscan movilizar a los lectores. No se milita a modo de pasquín político sino que sirve como documento activo de los recuerdos, hace del pasado un presente permanente y una crítica de las políticas que acumulan la memoria y vuelven a las víctimas objetos de archivo. En cambio, la poesía resiste ante la objetivación de las víctimas; el poeta testigo tiene el gesto de enunciarse como sujeto de recuerdo, como sujeto portador del discurso memorial y utiliza las formas del devenir sobreviviente en la escritura.

El testimonio y la lengua resto de la poesía

Con esta marca de más de cincuenta años, todo el siglo XX, diríamos, la generalización y naturalización de la violencia ha permitido que surja también una sensibilidad que la poesía recoge en el sentir de la época, su *estructura sentimental* (Williams, 1980).

Llamo a este sentir el surgimiento de la *Edad de los poetas*, según lo que dice la tesis de Badiou (1989), en la que la poesía y los poetas son los pensadores. En una época nihilista y anti-intelectual, son ellos, los poetas pensadores, quienes vuelven a la pregunta por el ser. Esto se da en lo que Badiou llama *la edad de los* desde una condición existencial que implica la multiplicidad de la representación, el poema, la política como capacidad de nombrar y el amor como acontecimiento. Este viraje me ayuda no solo a enmarcar desde la filosofía el tema de investigación sino en la pregunta por el ser que se da en los poemas, por el tiempo y la memoria afectiva. ¿Quiénes somos después del trauma de la violencia? Es la pregunta latente desde la memoria.

Este sentimiento de época, en el que los poetas son los portadores de múltiples afectos y verdades sobre la noción de vida, se da sobre la reflexión afectiva después de la institucionalización de la Asamblea Nacional Constituyente, durante el flagelo más álgido del paramilitarismo y la lucha contra el narcotráfico. Del mayor periodo de silenciamiento de la palabra, surge también la necesidad de hacer de la literatura un campo para el testimonio de la violencia; nace la llamada literatura de la violencia, y con ella una deslegitimación del testimonio en la búsqueda de una calidad estética que definiera este género (Restrepo, 2015).

El estreno de la constitución de 1991 también impulsa políticas públicas culturales que, a pesar de que en algunos casos se vislumbraron como corruptas (Alvarado Tenorio), le abren paso a un papel protagónico de la poesía en el marco de guerra o, más bien, como ya se había gestado la tradición social, se multiplica la necesidad de hacer poesía política. Hablo de una poesía cuya estética reclama la potencia de sobrevivir a pesar de tanta guerra, a pesar del *sensorium* hegemónico el de la muerte y la destrucción.

Dice Harold Alvarado Tenorio que el siglo XX cierra con la corrupción de la poesía, a modo de denuncia, hablando de la labor de María Mercedes Carranza en Casa de Poesía Silva; también habla de esta institucionalización Cobo Borda. Yo

digo que a finales del siglo XX surge el poeta de la sobrevivencia, cuya ética y estética es la que me interesa en esta investigación pues, a pesar de no trabajar en colectivo, encuentro un lazo común, un sentimiento de época, que registra una comunidad dolosa y memoriosa en Colombia, aún mucho antes de que se hablara institucionalmente de memoria, aún y a pesar del silencio.

Para Agamben (Agamben, 2000), leyendo a Levi, el autor es testigo, se hace escritor para testimoniar. Por eso, este poeta sobreviviente que piensa la violencia, que la siente y la manifiesta estéticamente, encuentra en la poesía la única sobrevivencia (Chaparro, 2017), es decir se define la poesía como una suerte de mesianismo que salva de la destrucción. Estos testigos de la *Edad de los poetas* también reclaman.

El poeta testigo sabe que es peligroso. Su muerte está alrededor, está cerca, la ha visto acechante, la ha sobrevivido, pero sus versos la dicen, reclaman y denuncian, se anticipan a su muerte, a pesar de eso, no son testigos integrales, en el sentido que pierden el habla, sino que son testigos con derecho a decir, que interpelan a los otros sobre la muerte eminente.

El poeta testigo se sabe sobreviviente, despropia su experiencia individual y escribe en la comunalidad; sabe que aunque no haya visto la guerra, la ha sentido y tiene una raíz profunda en la identidad, en la transgeneración de los habitantes del territorio colombiano. Habla desde una lengua resto, que es la lengua del testimonio, la cual tiene el conflicto de no representar fielmente el recuerdo, de movilizar afectos, los suyos, los de otros, en el balbuceo que genera el dolor.

El poeta testigo crea con la lengua menor, la lengua colectiva y minoritaria, que resulta de la máquina molar de la guerra como economía política en el territorio (Deleuze y Guattari, 1994); utiliza imágenes banalizadas y las transforma en fuente de interpelación, en consigna y en agencia política. La animalidad es una imagen de la poesía del testimonio, es la imagen política del resto la

que genera colectividad, es la manada la que habla desde el animal. La poesía es ruido animal que testimonia un lenguaje del dolor, de lo irrepresentable, que es resto, y del recuerdo como agente poético de la memoria, incluso antes de que se hablara de política pública de la memoria en Colombia.

Poesía testimonial una tradición al margen: tres momentos de la poesía

Considero importante revisar esta tradición al margen de la poesía, que siempre ha celebrado la exaltación, y sobre todo de aquella que con la modernidad se hizo de la mano de la participación de los poetas en cargos gubernamentales. Los poetas nacionales acompañaron el auge de una tímida modernidad en Colombia, es el caso de Miguel Antonio Caro y el gramático Cuervo. Incluso esta tradición, al lado de la militancia bipartidista, la estudia muy bien Armando Romero en Las palabras están en Situación.

Con la poesía testimonial como forma, se abre el camino para un poeta distinto, al margen, sin partido, pero militante de lo popular. En vez de diseñar estas formas, es necesario nombrarlas para reconocer lo que en ellas ha sido la intención política, una lectura de la realidad social y una intención de afectar al lector para intervenir de alguna manera en ella. Bien entrado el siglo XX, en las dos últimas décadas se vive también el clímax de lo que lo que Daniel Pécaut (2001) llama la violencia generalizada, después del Frente Nacional (1958-1974). Con el nacimiento de las guerrillas se abre el camino hacia nuevos conflictos en Colombia que se vuelven prosaicos pues pierden la perspectiva ideológica, y con ello, cualquier objetivo político, se banaliza por el negocio de los grupos armados al margen en función del narcotráfico.

Allí, también, aparecen los poetas para pensar la realidad social; la seguidilla de autores que militan con la palabra, con influencias de la poesía

comprometida de Mario Rivero, de Gaitán Durán y de otros que poetizan siempre al margen de la poesía oficial, que abren caminos de militancia con la palabra y a través de festivales poéticos, derivan en la proliferación no deliberada de constelaciones de poetas que, indistintamente de su proceso creativo individual, están unidos por el lazo de lo común de la vivencia de la guerra.

No hizo falta en Colombia el expresionismo para manifestarse frente a la palabra porque ya la poesía había dado el testimonio; ya se había hablado de los primeros poetas testimoniales, ya las violencias hacían urgente el vehículo afectivo de la poesía para expresar sus políticas afectivas. Esto es lo que yo identifico como una estética de la sobrevivencia, cuyas formas se dan desde el resto y lo común de la herida como militancia de la población afectada por la institución del neoliberalismo, desde la presencia de guerra en las poblaciones rurales, desde la presencia del estado a través del miedo instaurado en ellas, como entiende la marginación la antropóloga Margarita Serje (2012).

Agrupo entonces, a través de la estructura sentimental de la época, a los poetas testigos. No quiere decir que aquí estén todos, ni que sean los únicos, sino que son los que he encontrado y que conforman este corpus; cuerpo herido, el cual he estado investigando en los últimos años, y en donde he identificado una estética a partir de la manifestación poética alrededor de la violencia como forma de vida y de sobrevivencia, como dignidad frente al trauma vivido por las poblaciones al margen en el país.

Según lo anterior, encuentro tres formas de sobrevivencia a través de la poesía. La primera es aquella de los primeros testigos, de la imagen en blanco y negro, de la época de la guerra contra el narcotráfico, las masacres paramilitares, y los enfrentamientos entre estos, las guerrillas y los ejércitos. Los llamo también poetas asesinados, o suicidas, porque se atrevieron a ejercer el derecho a decir a pesar de la amenaza que asumieron por su virtual peligrosidad. Es el caso de Julio Daniel Chaparro, Tirso Vélez, Edwin López, Gersón Gallardo.

Otra forma de sobrevivencia es la que tienen familiares y amigos de las víctimas directas de asesinatos, desapariciones forzadas y desplazamiento. Poetas dolientes que hacen de la poesía un vehículo para el duelo colectivo. A partir del afecto íntimo de la pérdida registran la intensidad de la violencia en el colectivo de la nación colombiana, nombran otras voces, las incorporan, y desapropian (Rivera Garza, 2015) su dolor para entregarlo a un registro común. En este segundo grupo podemos ubicar el trabajo de: “Conversación a Oscuras” (Benavides, 2014); Rostro que no se encuentra (Gómez Mantilla, 2009); “Lección de Olvido” (Gómez Mantilla, 2007); “Palabras como cuerpos. Antología de poemas en memoria de Edwin López, Gerson Gallardo y Tirso Vélez” (Gómez Mantilla, 2013); Regresemos a que nos maten amor (Ariza Navarro, 2008); “Amazonía y otros poemas” (Galeano, 2011). Adicionalmente, algunos de los proyectos colectivos orales del Centro Nacional de Memoria Histórica (2015): Alabaos por la vida, del Colectivo de Madres por la vida; ¡Y yo levanto mi voz!: Memorias de Resistencia en Tumaco; Escuela de poetas de la gloria; poemas del informe “Que nadie diga que no pasa nada” (2011-2014).

La tercera forma de sobrevivir en común es la de los poetas condolidos, aquellos que no han tenido una participación directa en el conflicto, que no son víctimas directas de la guerra pero se conducen; asumen el dolor de los otros y con ello crean un registro poético testimonial desde su propia voz que es otros en nosotros, desde la empatía como política y creación verbal (Bajtín). Incorporan sus afecciones, las sienten y buscan hacer sentir a los lectores con ellas. En el tercer grupo, entonces, puedo ubicar a los siguientes trabajos: El sol y la carne (Charry Noriega, 2015); Asma (Delgado Fabio, 2015)(2015); Seré tu voz (Romero, 2015); Al otro lado de la guerra (Acosta, 2010), Tempus (Vargas Carreño, 2014); (Valcke, 2011) Péndulos (Valbuena, 2010); Memorial del árbol (Gómez, 2013); El falso llanto del granizo (Pardo, 2014); Poemas de la guerra (Torres, 2000); Música lenta (Romero Guzmán, 2015); Puerto calcinado (Cote, 2003). La edad de los poetas se

presenta como una sensibilidad que posibilita la memoria afectiva, distinta a la memoria histórica del conflicto. A contrapelo del discurso banal del archivo acumulativo, la poesía se obstina en destacar las épicas de la sobrevivencia. Crea un imaginario de lo irrepresentable del dolor, con la lengua resto, la lengua del testimonio (Agamben 2000). Además, hay un cuestionamiento con la palabra en la primera forma de sobrevivir en y con la poesía, una resistencia a pesar de la muerte, una intermitencia, tal como define la sobrevivencia (Didi-Huberman, 2012)

La mirada del poeta testigo y la imaginación pública

Lo que resuelve la poesía testimonial no es solo la evidencia del resto como militancia posible, sino también el duelo colectivo: el pueblo que falta, y con ello una reterritorialidad de las víctimas, de los despojos de la guerra a la población. Por ello, en este caso, la sobrevivencia es militancia desde la poesía. La mirada del poeta testigo, la exhibición de las imágenes que se conduelen, crean un imaginario público que se enfrenta a las cifras y resiste al archivo pues no busca acumular sino traer siempre al presente el dolor de los otros.

Esos otros, la alteridad imaginada, son los que han vivido el conflicto, son sujetos de enunciación y han sobrepasado el umbral de la destrucción. La sobrevivencia se hace posible con el recuerdo y el lenguaje fallido de la memoria. Estos otros han sido, a lo largo del siglo XX, quienes viven en poblaciones rurales la guerra en el campo. La violencia en la ciudad toca a quienes viven en los márgenes; indígenas, afrocolombianos, mujeres y campesinos asumen la ciudadanía de la víctima, bien sea para buscar a sus familiares, para recibir ayudas de reubicación, en el caso de la población desplazada de sus tierras, o para recordar, en el caso de aquellos que entregamos las memorias

al Archivo de Derechos Humanos del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Interpretar el país desde esta imaginación creada, siempre en presente, permite ejercer la política de la empatía con el dolor y tal vez alguna posibilidad de no repitencia y restitución simbólica de lo acontecido. Tal vez, no sólo acostumbrarnos a la guerra sino que con este lenguaje, hay una decisión política, un gesto que es ejercido por los poetas testigos que es el de volverse a mirar lo feo de la violencia: hablar de ello, atenderlo, escucharlo y reconocer los afectos y sus políticas como alianza para superar las violencias.

En este momento, esta escucha activa solo la ejerce la poesía; las nociones de amor, de sobrevivencia, de miedo, culpa y esperanza, que entregan los poemas desde la imagen del animal como posibilidad poética de reterritorialidad, solo se ejercen en la poesía. Solo desde allí, desde los poetas con sus sensibilidades, también desde el arte y la literatura, podría educarse para la paz.

Lo que vemos, por el contrario, es la emergencia del fundamentalismo y las políticas económicas del odio contra los sujetos al margen. Esto es claro a través de la renuncia al proceso de paz de la mayoría de los votantes durante el plebiscito en el 2015, y de las polarizaciones que el país encuentra en sus representantes políticos. La marginación y un tercer período de la violencia están en marcha, así como la violencia del posconflicto y todo lo que deviene de ella. A pesar de ello, la poesía testimonial sigue ejerciendo su intención de resonancia; leer el conflicto desde allí es abrirse a esa militancia política afectiva, hacer una contramemoria para evitar el olvido sistemático por acumulación del capital del recuerdo, en cambio sí retomar la fuerza vital del recuerdo desde la escritura postaunóna como vehículo posible de sobrevivencia. La edad de los poetas entrega una noción, un concepto, de *sobrevivencia-en-común* que parte de esa creación conjunta del documento del que hacemos parte como país, de la contraimaginación que hacemos ante el archivo y el lenguaje banal de la violencia.

Referencias bibliográficas

- Acosta F. (2010). *Al otro lado de la guerra*. Bogotá, Colombia: Caza de Libros Editores.
- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo*. Homo sacer III. Madrid, España: Pre-textos.
- Alvarado Tenorio, H. (s.f.). Antología crítica de poesía colombiana del siglo XX. Recuperado de <http://www.antologiacriticadelapoesiacolombiana.com/findesiglop.html>
- Ariza Navarro, A. (2008). *Regresemos a que nos maten amor. Premio de poesía Ciudad de Santa Marta*. Santa Marta, Colombia: Gobernación del Magdalena
- Badiou, A. (1989). *Manifiesto por la filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Nueva visión.
- Benavidez, H. (2014). *Conversación a Oscuras*. Medellín, Colombia: Frailejón Editores.
- Caicedo, D. (1954). *Viento Seco*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nuestra América.
- Chaparro Hurtado, J.D. (2012). *De nuevo soy agosto y otros poemas. Antología viva*. Bogotá, Colombia: Editorial El Zahir.
- Chaparro, J. D. (junio de 2017). Unidad de Víctimas. 14-16 de Abril de 2016. Recuperado de 25 poemas por la verdad <https://www.unidadvictimas.gov.co/especiales/julio-chaparro/index.html>
- Charry Noriega, C. (2015). *El sol y la carne*. Madrid, España: Ediciones Torremozas.
- Cobo Borda, J. G. (1980). La tradición de la pobreza. En J. G. Cobo Borda. (Ed.), *La tradición de la pobreza* (pp. 133-151). Bogotá, Colombia: Carlos Valencia Editores.
- Cote, A. (2003). *Puerto calcinado. Colección un libro por centavo*. Bogotá, Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, España: Pre-Textos.w
- Delgado F. y Gamboa, E. (2015). *Asma*. Bogotá, Colombia: Ediciones Piedra.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. París, Francia: Editions Galilée.
- Didi-Huberman, G. (2012). *La supervivencia de las luciérnagas*. Madrid, España: Adaba Editores.
- Galeano, J.C. (2011). *Amazonía y otros poemas. Colección un libro por centavo*. Bogotá, Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- Gómez Mantilla, S. (2006). Lección de Olvido. Premio estímulo a la joven poesía colombiana, Revista Prometeo, XVI Festival Internacional de poesía de Medellín, Primer finalista, Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 2007. Publicado por el Perro y la Rana. Venezuela, 2008.
- Gómez Mantilla, S. (2009). *Rostro que no se encuentra*. Cucuta, Colombia: Cámara de Comercio.
- Gómez Matinlla S. (Ed). (2013). *Palabras como cuerpos. Antología de poemas en memoria de Edwin López, Gerson Gallardo y Tirso Vélez*. Bogotá, Colombia: Épica Ediciones.
- Gómez, H.A. (2013). Memorial del árbol, Premio Tertulia Literaria Gloria Luz Gómez.
- Ochoa Gautier, A. M. (2004). Sobre el estado de excepción como cotidianidad: cultura y violencia en Colombia. En A. Grimson. (Ed.), *La cultura en la crisis latinoamericanas* (pp. 17-42). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Osorio, Ó. (2016). En torno a la dimensión literaria de Viento Seco. *Acta Literaria*, 53, 111-125.
- Pardo, H. (2014). *El falso llanto del granizo*. Quito, Ecuador: Editorial El Ángel.
- Pécaut, D. (2001). Reflexiones sobre la violencia en Colombia. En V.M A. Papachini. (Ed.), *Violencia*,

- Guerra y Paz: Una mirada desde las ciencias humanas* (pp. 213-245.). Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Restrepo, L. (2015). Niveles de realidad en la literatura de la 'Violencia' colombiana. En V. M. Moncayo. (Ed.), *Antología del Pensamiento Crítico Colombiano Contemporáneo* (pp. 453-490). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Rivera Garza, C. (2015). *Dolerse. Textos desde un país herido*. México D.F., México: Surplus.
- Romero Guzmán, N. (2015). *Música lenta*. Medellín, Colombia: Frailejón Editores.
- Romero, V.J. (2015). *Seré tu voz*. Bogotá, Colombia: Caza de libros Editores.
- Serje, M. (2012). El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las "zonas de frontera" *Cahiers des Amériques Latines*, 71, 95-117.
- Torres, A. (2000). *Poemas de la Guerra*. Barcelona, España: Editorial Árbol de Papel.
- Urbanski, E. S. (1965). *La realidad hispanoamericana en la poesía testimonial*. Alicante, España: Ediciones Stadium
- Valbuena J. (2010). Péndulos, Concurso Bonaventuriano de Poesía
- Valbuena J. (2012). *La danza del caído*. Quito, Ecuador: Editorial El Ángel.
- Valcke, C. (2011). *Soportar la Joroba, poema "De vientres y guerras"*. Colección las ofrendas. Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Vargas Carreño H. (2014). *Tempus, poema "Guerreros"*. Bogotá-Zapatoca-Santa Marta, Colombia: Ediciones Exilio.
- Vivas, S. (2001). Reflexiones sobre la poesía y la guerra. *Revista ASAB*, 3, 16-27.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona, España: Península.
- Otros registros poéticos colectivos orales:
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2015).
¡Y yo levanto mi voz!: Memorias de Resistencia en Tumaco. Recuperado de (<https://soundcloud.com/memoriahistorica/sets/y-yo-levanto-mi-voz-memorias-de-resistencia-y-paz-en-tumaco>)
- Escuela de poetas de la gloria. Recuperado de <https://soundcloud.com/memoriahistorica/sets/escuela-de-poetas-de-la-gloria>
- Alabaos de madres por la vida. Recuperado de <https://soundcloud.com/memoriahistorica/sets/alabaos-de-madres-por-la-vida>
- Poemas del Informe "Que nadie diga que no pasa nada", Arquidiócesis de Tumaco, Nariño, 2011-2014. Recuperado de <http://www.memoriaspacifico.org/index.php/documento>.